

Carlos Prats 12 IX -74

BRAZO largo, artero, certero, el del fascismo. Que es el mismo de las bandas que están a su servicio. Alanzaron, en Buenos Aires, al general Carlos Prats. Allí se había refugiado, tras el golpe del 11 de septiembre de 1973, en una reservada, prudente, pero no por ello menos firme condena del pretorianismo.

Verdadero profesional de las armas, Prats simbolizaba la prescindencia política que, ahora se ve cuán engañosamente, parecía extendida a todas las fuerzas armadas chilenas. Con aquella condición, sirvió al régimen de la Unidad Popular. Entendió como pocos que el Presidente Salvador Allende, sin merma de su militancia inocultada e inocultable, era el Jefe del Estado y cabeza, por tanto, de las instituciones republicanas. Opuesto al golpismo, tuvo que salir de Santiago cuando se le avisó que las pandillas fascistas pretendían castigar su lealtad.

Grave conflicto de fidelidades el que se planteó ante un soldado profesional como Prats. No podía, en conciencia, sumarse al cuartelazo, cuya filiación conoció desde siempre. No quiso, tampoco,

desgarrar el ejército promoviendo por lo menos una resistencia pasiva al golpe. Pero en situaciones extremas como la de entonces, que es la de ahora, su apartamiento y su silencio, dado el prestigio de que disfrutó dentro y fuera de la institución armada, constituyeron formidables repulsas al gobierno militar.

Ha sido asesinado en la ola de violencia que agobia a la Argentina. Su muerte, empero, aparece lejana de la casualidad. No se trata de una víctima más, causada por la falta de discernimiento del terrorismo. Su posición, que queriendo ser apolítica lo ubicaba entre los enemigos del fascismo; sus antecedentes como escritor, como hombre de reflexiones; la circunstancia de que hubiese presuntamente dado fin a sus memorias, sin duda desazonantes para más de un centro de poder, han determinado el brutal atentado de que fue víctima.

Como René Schneider, Carlos Prats murió por negarse a deshonrar el uniforme que vistió; por rehusar sumarse a la traición; por confiar en las instituciones; por creer en la salvación social del hombre. Esos fueron los delitos que a ambos les valieron la ejecución.

José Alvarado

24-IX-24

EFIMERAS y perennes, al mismo tiempo, las páginas que durante más de treinta años escribió José Alvarado no yacen, olvidadas, en las bibliotecas. Iluminaron al contrario, en su día, el acontecer cotidiano, y fueron destinadas al público amplio de los periódicos, como si con ello hubiese querido subrayar el escritor su vocación popular.

Nacido en Lampazos, Nuevo León, José Alvarado no tardó en hacerse hombre universal. Su humanismo lo llevó, como solía suceder en el primer tercio de este siglo, al estudio del derecho. Y si bien no incurrió en el foro, ni participó en la judicatura, ni la administración pública lo tuvo entre sus filas, no fue vana su preparación jurídica. De ella conservó el rigor en el pensar, la tendencia hacia la justicia como bien supremo.

La cátedra y el periodismo recogieron la riqueza espiritual que José Alvarado tenía a disposición de sus amigos. Estos fueron muchos, y diversos. Pues aunque Alvarado fue hombre de ideas, y de pasiones, el faccionalismo no se le impuso nunca. Y pudo así, con respeto

para sí mismo y para los demás, encontrarse con sus iguales y sus desiguales, los que pensaban en la misma línea que él y quienes le eran adversos en las inclinaciones ideológicas.

Repudió sólo la estolidez, la hipocresía, el fariseísmo, la insidia. Merced a ella, su gestión en la Universidad de Nuevo León, como rector que lo fue no sólo por la investidura formal, se vio truncada antes de dar sus frutos plenos. Como lo enseñó más tarde la historia de la institución, allí se le agredió a él, pero sobre todo se atacó a la enseñanza libre y popular.

Colaborador diligente de diarios y revistas, el trabajo de José Alvarado servirá para probar que el periodismo no es un oficio menor, pues cuando se le ejerce vitalmente como él lo hizo, encierra el aliento y el vigor, la acidez y la amargura, y también la esperanza, de la vida misma. No fue un mero artesano de las palabras. Escultor del lenguaje, recreador del pasado, no se quedó en la forma ni en el ayer. José Alvarado, comprometido con su tiempo, no faltó jamás a su cita con la nación.